



El Deber Pro-Indígena

Organo de la Asociación Pro-Indígena

Publicación mensual doctrinaria dirigida por Dora Mayer

AÑO I

LIMA, MAYO 1913

NÚM. 8

CONTRA LOS MALEVOLOS Y EXCEPTICOS

Ya en artículo anterior hemos dejado en trasparencia la inanidad de aquel argumento que dice que no conocemos al indígena. Pero suele presentárenos con forma más bonita. Y entonces se nos moteja de que idealizamos al indio, sin fijarse en que la motejación contraria podríamos aplicarles á los adversarios de él.

En verdad que no alcanzamos á descubrir por que han de implicar una idealización la fervorosa defensa de los derechos del indígena y la labor en pro de la redención individual y social de éste. Sostener que no debe vejársele ni explotársele y que si se debe procurar que sea efectivo su rol de ciudadano y hombre libre, no es por cierto juzgarle impecable y sin mácula y menos transformarlo en ángel, como por un *fiat* divino. Y lo que hay es que nuestros contradictores, que querrían que el indio no fuera biológicamente una unidad humana, se enfurruñan de que nos atrevamos á afirmar que en el indio hay algo bueno. Olvídanse que los teólogos, acordes en esto con un refrán ó "evangelio chico", admiten ese algo bueno hasta en los monstruos de maldad.

Solamente en los enemigos del indio, que no ven en éste otra cosa que el siervo actual ni son capaces de concebir que él entrañe facultades más altas que para siervo, explícate que tilden de idealización la labor altruista y patriótica, nacional y humana que nuestra Asocia-

ción se ha impuesto. Por lo visto, se pavorizan al imaginarse que en floren y fructifiquen las semillas que esa labor esparce y que la idea se transubstancie en hecho y que las aserciones verbales de hoy las demuestre el indio mañana prácticamente.

"Ah!—se dicen sin duda para sus adentros—el día en que el indio, lleno de su conciencia humana, se irga, acabarése para siempre la bestia de trabajo y de carga que en él hoy poseemos, bestia productora de nuestra fortuna, sin que un céntimo de salario nos cueste, sin que nos demande siquiera manutención". "Imposible, imposible", deben repetirse á sí mismos, obsesionados por fantasmas de prejuicios. Y es entonces que se vuelven contra nosotros y nos destrozarían si su sanchopancismo no supiera que el resurgimiento del pobre indio, aletargado en la abyección en que han sumídolo multitud de concausas, no es cosa de soplar y hacer limetas, sobre todo en un país en que la inercia arropa y el Estado es incomprensivo y lene. Contié-nense, pues, y se limitan á recojer las piedras de que está llena la historia y arrojárnoslas, que no otra cosa es el motejamiento de "idealistas". Así, no hay inconveniente en aceptarlo.

Pero que sea idealización que del indio se hace el encontrar algo bueno en él, no cabe en la sindéresis. "Nuestros indios de la sierra—ha dicho un escritor de lapidarias frases—son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas". ¿Lo enten-

deis? ¡Son hombres! Pero dejémos de frases. El indio realiza toda la producción de la sierra y nutre todos los cuadros de nuestro ejército. Con lo primero, demuestra su capacidad económica, y solo falta hacerlo dueño de su trabajo y desarrollarle las necesidades de la civilización. Con lo segundo, manifiesta que puede ser el nervio de la nacionalidad, y solo le falta que viva la vida de la república y que viviéndola el sentimiento de patria lo turbe y la conciencia también de patria lo determine. Ya escuchamos la observación de que el quid cabalmente está en la parte negativa de estas proposiciones. Es muy cierto. Pero ello no quiere decir que se desconozca el valor de su parte positiva, y no solamente el valor que está de manifiesto, sino también el valor que entrañado contiene.

Aquí, á guisa de paréntesis, podríamos compulsar el mérito de las individuales dotes del indígena; pero ya esa compulsión sería abordar un complejo tema que no es el que nos hemos propuesto en las líneas que perjeñamos. Sin embargo, apuntaremos de pasada que la sanidad fisiológica del indígena es proverbial; que su inteligencia, aunque produce no sabemos que impresión de angosto, es realista; que su voluntad asume la forma inhibitoria que en muchos casos es una buena forma de voluntad; y que su sentimiento, que se nos presenta con la emocionalidad de la tristeza, permanece esfíngico para nosotros. Por lo demás, observación vieja es, como lo ha demostrado con citas históricas el Dr. Urteaga, que si á la costa, faja de los criollos, corresponde la brillantez del talento y el ímpetu en las pasiones, á la sierra, región de los indios, toca la energía moral y física y el tesón en el obrar. Groussac y Pinochet—Lebrun confirman ésto al juzgar á los peruanos como los juzgan por la impresión recojida en Lima sin sospechar que detrás de los Andes hay otra gente, que no

tiene el salero de Andalucía, pero que en su tosca ganga quechua ó aimará contiene yeteaciones de buen metal.

Sin que se lo digan, bien sabe la Asociación Pro-Indígena que para apreciar la realidad tan perjudiciales son las lentes rosadas como las negras. Ni pesimismo ni optimismo. Si tenemos éste, no es, por supuesto, á lo Panglós ó su discípulo Cándido, sino en la forma sana, fecunda y fuerte de la fé en el humano esfuerzo y en el vasto porvenir. Y si se nos quiere achacar aquel, no será, por supuesto, el del romántico que blasfema ni el del aplinado que se conforma, sino ese otro que Wagner llama descontento de lo presente y de cuyo descontento brota el progreso. Somos melioristas, en una palabra.

Francisco Mostajo.

Arequipa, 1913.

LA PROTESTA

La protesta ha sido siempre una arma poderosa para la liberación del hombre oprimido, de los pueblos subyugados.

Más ó menos intensa, ya sangrienta, cuando ha sido sostenida por la fuerza bruta convirtiéndose en rebelión; ya incruenta, cuando no ha apelado á la violencia, pero siempre enérgicamente viril, se ha elevado en todos los siglos de la silenciosa ergástula del esclavo, y de la rugiente muchedumbre escarnecida, conquistando paso á paso los derechos conculcados por la soberbia y el egoísmo de los déspotas.

La protesta tranquila, pero enérgica de los plebeyos romanos en su célebre retirada al Aventino, alcanzó el magno triunfo de la creación del tribunado que dió al hombre conciencia de su libertad é igualdad; y la protesta sangrienta del pueblo francés el 1789, la más terrible y formidable que registra la historia, reivindicó definitivamente